

las regiones inmediatas al Ecuador. Guiado por estas indicaciones determinó navegar al S. O. hasta tocar en la línea, y de allí buscar á Occidente la tierra firme de las Indias. Tocó antes en las islas de Porto-Santo y Madera, luego en las Canarias, y por último en las de Cabo Verde, de donde salió á mar ancha el 5 de Julio. Desde aquel día navegó al S. E. hasta llegar, según sus cálculos, á los 5 grados de lat. N.: bien que en realidad sólo estuviese á los 8. Sobrevinole allí tan gran calma y calor, que parecían realizarse las antiguas fábulas de la zona tórrida. El aire era como un horno: se derretía la pez de los navíos; saltaban los aros de los barriles, las vasijas reventaban y casi todas las provisiones se perdieron. Los marineros se encontraban sin fuerzas ni espíritu, y temían ir entrando en una región de fuego donde perecieran. Gracias que los días pasados de este modo fueron nublados y cayeron algunos chubascos, que si en todos estuviera el sol claro como sucedió el primero, no pudieran sin duda resistir sus rayos abrasadores. Las quejas de su gente, y lo mucho que él mismo padecía de la gota, obligaron al almirante á virar al N. O., esperando dar en las islas Caribes, para reparar allí sus navíos, hacer aguada y tomar provisiones. Después de navegar

algún tiempo á este rumbo, notaron repentinamente gran variación en la temperatura: cesó el calor sofocante, una gentil brisa refrescaba la atmósfera, y aunque los días eran serenos y despejados, ninguna molestia les causaba la presencia del sol. El 31 de Julio, cuando ya estaban para concluirse las provisiones, un marinero divisó tres montañas en el horizonte. Pertenecían á una isla que el almirante llamó de la Trinidad, nombre que aun conserva. Tocó en ella por el extremo oriental, y luego la costeó por el Sur, pasando entre la isla y la tierra firme, sin sospechar siquiera que entonces veía por la primera vez aquel continente buscado con tanto afán. Lo que tenía á la vista era el pedazo de costa baja entrecortada por las innumerables bocas del Orinoco; creyó el almirante que era una isla, por cuya razón le llamó Isla Santa. Algunos días gastó en reconocer el gran golfo de Paria, creyéndose entre islas y procurando salir á mar ancha por el fondo del golfo. Mas como le fuese imposible, ancló en lo interior del largo promontorio que cierra el golfo por el Norte, donde tuvo algún trato con los naturales y recogió cantidad de perlas, primeras que se hallaban en el Nuevo Mundo. Los fenómenos observados por Colón en

el curso de este viaje, le dieron materia para formar extrañas conjeturas. Admiróle desde luego la enorme cantidad de agua dulce que aquellos ríos derramaban en el mar, y por un discurso exactísimo afirmó que tan poderosas corrientes no podían venir de una isla, porque en ella no tendrían curso bastante largo para adquirir su caudal, sino de tierras inmensas y desconocidas que se extenderían en el hemisferio austral, hasta donde no era posible imaginarse. Su atención se fijó también en la tez ligeramente bronceada de los indígenas, sus cabellos largos, la viveza de su imaginación y las señas que daban de valor. Como observador diligente de las cosas naturales, no podía ver sin admiración, la hermosura y fertilidad de la tierra, ni la benignidad de la temperatura. Comparaba todo con lo que tenía visto en las costas de Africa, del mismo paralelo, y eran tantas y tan notables las diferencias que no acertaba á encontrarles explicación. Mayormente cuando en sus viajes anteriores había ya observado parte de los mismos fenómenos, porque como él mismo dice, "cuando yo navegué de España á las Indias fallo luego en pasando cien leguas á Poniente de las Azores grandísimo mudamiento en el cielo é en las estrellas, y en la temperancia del aire, y en las aguas de la mar, y en

esto he tenido mucha diligencia en la experiencia." En un siglo en que aun estaba por nacer la geografía física, y no era ni podía ser conocida la influencia de la configuración de los continentes, en la temperatura, ni las grandes inflexiones que por ésta y otras causas sufren las líneas *isothermales*, no quedó á Colón otro recurso que el suponer una irregularidad en la figura del globo. Supuso que la tierra no era redonda como se creía generalmente, sino que sólo tenía esta figura en el hemisferio conocido de los antiguos. Pero en pasando la indicada línea ó meridiano, á cien leguas de las Azores, "van los navíos alzándose hacia el cielo suavemente;" por lo mismo la región equinoccial del nuevo continente, es lo más elevado del orbe, el que resulta ser de la forma de una pera. A esta mayor elevación y proximidad á las regiones más puras de la atmósfera, se debe la benignidad del clima, la fertilidad de la tierra, la blancura y despejo de sus habitantes. Pobre idea dan estas deducciones de los conocimientos de Colón en geometría; pero aun son más singulares las conjeturas á que después se entrega. El extremo de la altura que supone, ó como él dice, "el pezón de la pera," considera muy probable que fuera el sitio del Paraíso terrenal, y que el caudaloso río que

desaguaba en el golfo proviniese de la fuente del árbol de la vida. Apoya su opinión con las de varios autores de nota, y en medio de estos arrebatos de su ardiente fantasía, mezcla observaciones exactísimas sobre la dirección y fuerza de las corrientes, la configuración de las islas y otros fenómenos naturales que él observaba por primera vez. Disculpemos, pues, lo que haya de extravagante en sus conjeturas, no sólo por que eran en mucha parte las mismas de los hombres más célebres que le habían precedido, sino por el inmenso campo que abrió á la observación de los venideros. Antes que censurar nada, más bien deberíamos admirar su prodigiosa capacidad para el estudio de la naturaleza; su prontitud en advertir, en medio de los mayores peligros, los mas pequeños fenómenos: el acierto con que muchas veces logró explicarlos, y la poética viveza de sus descripciones.

Tan lleno estaba Colón de estas teorías, que de muy buena gana hubiera continuado su descubrimiento; pero los víveres casi faltaban, y las provisiones para la colonia corrían peligro de perderse. Además, su salud estaba muy quebrantada, porque fuera de los ataques de gota, tenía tan enfermos los ojos del continuo velar, que casi no veía. Resolvió por lo mismo pasar á la Española

para recobrar su salud y descansar de sus fatigas, mientras que enviaba á su hermano el adelantado para proseguir aquel descubrimiento. El 14 de Agosto salió del golfo por un estrecho entre el promontorio de Paria y la isla de la Trinidad, al que llamó *Boca del Drago*, y donde las corrientes le pusieron en grave peligro. Vencido con felicidad, siguió un poco la costa al Oriente y luego hizo rumbo para el río Ozamá en la parte meridional de la Española, lugar en que esperaba encontrar la nueva población que según sus órdenes debía haber fundado su hermano en las cercanías de la mina. Las corrientes le llevaron mucho más al Oeste; pero al cabo alcanzó el deseado puerto, y ambos hermanos tuvieron la indecible satisfacción de volverse á ver después de tan larga ausencia.

Grandes novedades habían ocurrido en la isla desde la partida del almirante. Luego que dió á la vela para Europa en Marzo de 1496, su hermano D. Bartolomé salió á poner en práctica las instrucciones que tenía recibidas respecto á las minas de Hayná. Fundó en sus cercanías la fortaleza de San Cristóbal y otra en la orilla izquierda del río Ozamá, á la que llamó Santo Domingo, y fué el principio de la ciudad que aun hoy conserva este nombre. Tomadas las dispo-

siciones convenientes para el laboreo de las minas, pasó el adelantado á visitar los dominios del cacique Behechío, señor de la deliciosa provincia de Jaragua, situada en el extremo occidental de la isla. Vivía con este cacique su hermana Anacaona, viuda del temible Caonabó, mujer tan célebre en la isla por su belleza como por su ingenio natural. Ambos hermanos recibieron de paz al adelantado, obsequiándole á su modo. Logró D. Bartolomé que el cacique se obligase á pagar á los españoles un tributo considerable de los frutos de sus tierras, como algodón, cazabe y otras cosas. Agradecido á la benévola hospitalidad de los de Jaragua permaneció con ellos algunos días muy regalado, y luego se partió para la Isabela.

Halló la colonia bastante afligida por la falta de bastimentos, agravada con las enfermedades. Tomó algunas disposiciones para su remedio, é hizo fundar una línea de puestos militares entre la Isabela y Santo Domingo. Resentidos de los desmanes de algunos españoles alteráronse por entonces varios caciques de la Vega, en cuya pacificación, hasta dejarla enteramente concluida, no mostró el adelantado menos clemencia que actividad y valor. De los indios alzados hizo amigos, y luego volvió á Jaragua para recoger el tributo que ya tenía

prevenido Behechío, y fué tan grande, que se hubo menester una carabela para conducirlo.

Mientras el adelantado se ocupaba de este modo en procurar la prosperidad de la isla, preparábanse nuevos desórdenes en la inquieta colonia de la Isabela. Movíalo todo Francisco Roldán, hombre oscuro á quien Colón había sacado de la pobreza, elevándole por grados hasta fiarle el importante cargo de alcalde mayor. Aunque falto de toda educación, no carecía de talento natural; era activo y resuelto. Viendo que su protector había marchado á España, al parecer en desgracia de la corte, pensó en aprovecharse de su caída, alzándose con el gobierno de la isla y arrojando de ella á los Colones, que sabía muy bien estaban malqueridos. Como diestro conspirador lisonjeó las pasiones de la multitud y supo formar un partido bastante fuerte para declararse en abierta rebelión. Intentó por varias veces hacerse dueño de la carabela recién construida; pero como no lograrse su intento, se echó sobre los almacenes reales, donde halló armas, ropas y municiones de que habilitó largamente á los suyos. Cobraba cada día mayor cuerpo la rebelión, porque Roldán tomaba la voz del rey y protestaba obrar por razón de su oficio para

oponerse á la tiranía de los advenedizos Colones, que no les permitían servirse de los indios, tomar mujeres, ni rescatar para sí. D. Diego, hombre honrado pero débil, carecía del vigor necesario para atajar aquellos desórdenes, y cuando llegaron á noticia del adelantado, era ya tarde para poner remedio. Supo que los rebeldes amenazaban la Concepción, y se entró en aquella fortaleza con la gente que pudo recoger. Inútiles fueron las pláticas que desde una ventana tuvo con Roldán para reducirle á la obediencia; y no le quedó otro recurso que permanecer encerrado en la fortaleza.

Como resultado natural de tales desavenencias entre españoles, comenzaron los indios á negar la obediencia y resistir el pago de los tributos. La facción de Roldán se robustecía continuamente, y el estado de la isla era en verdad deplorable. En esta coyuntura arribaron á Santo Domingo los dos buques que despachó el almirante con socorros y provisiones, auxilio muy oportuno para D. Bartolomé; pero le fué de mayor utilidad todavía la confirmación por el rey de su título de adelantado. Destruyéndose con esto todos los reparos que se le oponían en cuanto á la legitimidad de su nombramiento, y las noticias que trajeron dichos buques de que el almirante hallaba en

la corte el mismo favor de antes, sirvieron de mucho para robustecer el partido de D. Bartolomé é inspirar graves temores á los rebeldes.

Pudo con esto el adelantado salir de la Concepción y emprender su marcha á Santo Domingo, sin que nadie le molestase. Desde allí ofreció de nuevo el perdón á Roldán, quien lo rehusó otra vez y se retrajo con los suyos á Jaragua, provincia que por su fertilidad, por la benevolencia de sus habitantes, y sobre todo, por la hermosura de sus mujeres, era considerada entre los españoles como el paraíso terrenal. Dejóle en paz por entonces el adelantado, dedicándose á apagar una nueva insurrección de los indios. Algunos meses y no poco trabajo empleó en ello, hasta que con la prisión de los dos caciques principales logró la pacificación y pudo regresar á Santo Domingo. Allí tuvo, como ya hemos dicho la indecible satisfacción de abrazar otra vez á su hermano el almirante.

Apenas se impuso éste de lo ocurrido durante su ausencia, aprobó públicamente todo lo hecho por su hermano, condenando la conducta de Roldán. En su retiro de Jaragua continuaba el rebelde engrosando sus filas con los descontentos y gente perdida, cuyo número llegó á ser tan considerable,

que Colón se halló incapaz de reducir á los facciosos por la fuerza. Recurrióse en tal apuro á las negociaciones. Lo que el gobierno perdía en vigor, ganaban los rebeldes en audacia y descaro. Jamás quiso ceder Roldán un ápice de sus insultantes condiciones: mil veces ofreció allanarse, y otras tantas engañó las esperanzas de Colón. Sus pretensiones eran inagotables y cada día inventaba alguna nueva. Se oprime el ánimo al ver á este hombre ingrato, nacido del polvo, atormentar al ilustre descubridor, burlar sus venerables canas y llenar de amargura su ancianidad, por el más villano abuso de la fuerza. Ahorraremos al lector los penosos pormenores de este triste período de la vida de Colón. Convínose al fin que se concedería un perdón general á los rebeldes, proporcionándoles en el término de cincuenta días los buques necesarios para que pudiesen pasar á España: que el almirante daría á cada uno de ellos un certificado de buena conducta y una orden para el pago de sus sueldos atrasados: que se les darían también indios por esclavos como á los demás colonos, y se indemnizaría á algunos, entre ellos á Roldán, de los bienes que les habían sido secuestrados. Doloroso fué para el almirante tener que emplear en el transporte de esta canalla los

buques que destina á proseguir los descubrimientos en la tierra firme; pero le consolaba la idea de que con este último esfuerzo quedaría restablecida la tranquilidad de la isla y él en disposición de atender á su gobierno. Hecho el convenio, se retiraron los rebeldes á Jaragua, donde debían esperar los buques, y el almirante salió para el interior con el fin de visitar las fortalezas y restablecer el orden en todas partes. Durante los tratos con Roldán, había despachado á España cinco carabelas; con ellas escribió á los reyes dando cuenta de su último viaje y pidiendo, entre otras cosas, que se enviase un letrado recto y de experiencia para que administrase justicia en la colonia.

Por varios accidentes inevitables no fué posible dentro de los cincuenta días fijados, tener listos los buques para el embarque de Roldán y sus secuaces. Temerosos, como estaban, de ir á presentarse en la corte, tomaron de ahí pretexto para dar por nulos los anteriores contratos. Fué preciso comenzar de nuevo. El almirante pasó por la humillación de ir á verse con Roldán y recibir la ley de su mano. Destituido de todo apoyo, hubo de firmar cuanto el rebelde quiso. Fueron principales condiciones que á los que desearan permanecer en la isla,

se les darían repartimientos de tierras, y que Roldán recobraría su empleo de alcalde mayor. Apenas hubo entrado en posesión de él, comenzó á ejercerlo como debía aguardarse de los medios empleados para su logro. Pasó Colón mil penas para sobre llevar la insolencia de aquel miserable, y de la desenfrenada canalla que regresó en pos de él á Santo Domingo. En cumplimiento del convenio les señaló grandes terrenos en diversas partes, con un crecido número de indios hechos esclavos en las guerras. Ajustó también con los caciques inmediatos, que en vez de pagar tributo remitiesen en ciertas épocas cuadrillas de sus vasallos para ayudar al cultivo de las tierras. Este servicio fué el primer origen de los *repartimientos*: de ese sistema que quizá no ha sido juzgado todavía bajo su verdadero punto de vista, y cuyo abuso fué la causa principal de la destrucción de los isleños.

Pensaba Colón regresar á España, conociendo la insuficiencia de las cartas para informar exactamente de los asuntos de la isla; pero el estado vacilante de la colonia le obligó á desistir de su idea. Las dos carabelas salieron en Octubre (1498,) llevando á los colonos que quisieron volverse y entre ellos á varios de los rebeldes acompañados de muchos esclavos indios y de algu-

nas hijas de caciques, arrancadas por engaños del seno de sus familias. Aprovechó Colón aquella oportunidad para escribir á los soberanos, manifestándoles que el ajuste celebrado con los rebeldes, no era en manera alguna obligatorio para la corona, habiendo sido arrancado por la violencia. Insistía en su petición de que viniese un letrado en calidad de juez, y otras personas hábiles para ciertos oficios públicos; pero como si adivinara lo que había de suceder, suplicaba que todas esas personas trajesen expresos y limitados de tal modo sus poderes, que no invadiesen sus derechos y prerrogativas de almirante. Pedía por último que le enviasen á su hijo mayor D. Diego, para que le sirviese de algún descanso y al mismo tiempo empezara á adquirir la práctica de los negocios que era necesaria en quien después de sus días debía ser heredero de todas sus dignidades.

Apenas disfrutaba Colón de algún reposo, comprado á costa de tantos sacrificios, cuando se vió envuelto en nuevas dificultades y peligros. Llególe noticia de que su antiguo compañero Alonso de Ojeda, el mismo que prendió al fiero Caonabó, había aportado furtivamente con cuatro buques al extremo oriental de la isla. Conociendo el carácter atrevido de aquel capitán, no es-

peraba nada bueno de su arribo; mas para pedirle explicaciones era preciso enviar á un hombre que pudiese competir con él. Ninguno mejor que Roldán, tan osado y astuto como el otro, razón porque le escogió el almirante para esta delicada comisión. Aceptóla gustoso Roldán, deseando asegurar con buenos servicios los bienes mal adquiridos en las revueltas pasadas. Ojeda disculpó su arribo, atribuyéndolo á la necesidad; pero después se supo la verdad del caso. Estaba Ojeda en España cuando llegaron las noticias del viaje de Colón á la costa de Paria, y como Ojeda gozaba el favor del Obispo Fonseca, consiguió examinar la carta, mapa y demás papeles del almirante. Apoyado por el Obispo y con licencia de éste, aunque no de los reyes, armó los cuatro buques y recorrió las costas de Paria, extendiendo su descubrimiento hasta el golfo de Venezuela. Tuvo de notable esta expedición, que navegó en ella el famoso astrónomo florentino Américo Vespucio. Ojeda había arribado á la Española en busca de provisiones, y aseguró á Roldán que tan pronto como reparase sus navíos, iría á presentarse al almirante. Roldán quedó satisfecho y regresó á dar cuenta de su comisión. Lejos de cumplir Ojeda su promesa, apenas hubo partido Roldán pasó á la pro-

vincia de Jaragua: allí estaban muchos de los antiguos rebeldes, y conociendo su carácter arrebatado, le asaltaron con quejas del almirante pidiéndole ayuda para obtener satisfacción. Sabedor Ojeda del mal concepto de Colón en la corte y contando con la poderosa protección de Fonseca, propuso á los descontentos que se pondría al frente de ellos y marcharían todos á Santo Domingo. Unos aceptaron con entusiasmo la proposición; pero otros la rehusaron, y el resultado de esta desavenencia fué una refriega en que hubo muertos y heridos por ambas partes. Triunfaron los que opinaban por la expedición á Santo Domingo; mas por fortuna llegó en aquel momento Roldán, que sabedor de la falta de cumplimiento de las promesas de Ojeda, acudía con fuerzas suficientes para obligarle á embarcarse. Después de muchos pasos y contestaciones consiguió que se hiciese á la vela, librando de aquella inquietud al almirante.

De la invasión de Ojeda no resultó á la verdad ninguna consecuencia grave; pero ella produjo en el almirante la triste convicción de lo mal parado que estaba su crédito en la corte. De otra manera, ¿cómo se hubiera dado permiso á aquel capitán para recorrer tierras que ya Colón había descubierto, y caían en su jurisdicción según las

más solemnes capitulaciones? Mientras devoraba en silencio estas pesadumbres, recibió un nuevo golpe su tranquilidad. Por celos de una joven india de rara belleza, hija de Anacaona, prendió Roldán en Jaragua á un caballero joven, primo de Adrián de Mojica, uno de los cabecillas de la última rebelión. Irritado éste, juntó la gente perdida de Bonaó y otras poblaciones de la Vega, proponiéndose no sólo poner en libertad á su primo, sino también dar muerte á Roldán y al almirante. Estaba este último en la fortaleza de la Concepción con unos cuantos soldados, cuando supo la peligrosa trama que se urdía en las inmediaciones. Tomó desde luego su resolución, fiando el éxito á la rapidez y al arrojo. Con ocho ó diez hombres fieles y bien armados, cayó de noche sobre los rebeldes, prendió á Mojica y otros principales, y se los llevó á la Concepción. Decidido á hacer un escarmiento mandó ahorcar al cabecilla. Pidió éste un confesor que le fué traído; mas como para ganar tiempo retardase la confesión y se entretuviese en acusar á los demás en vez de pedir perdón de sus propias culpas, perdió Colón la paciencia y mandó arrojar al miserable desde las almenas del castillo. Fueron presos sucesivamente algunos fesfe de la conspiración, otros se fugaron á

Jaragua y en poco tiempo quedó restablecida la tranquilidad.

Miró Colón tan feliz desenlace como un favor especial del cielo. Su fe nunca desmayaba, y á fines del año 99, cuando estaban en su mayor punto los desórdenes de los españoles y la insurrección de los indios, creyó oír en sueños la voz del Señor, que le reprendía por su poca fe, y le alentaba con grandes esperanzas, ofreciéndole su omnipotente auxilio. Ese mismo día supo haberse descubierto riquísimos minerales de oro, lo que tomó por una prueba de la verdad de su revelación. Concedió á los españoles el permiso tan ansiado de recoger oro para sí, contribuyendo al rey sólo con una parte: despertada de este modo la codicia individual, obtenía el erario mayor producto de aquella parte, que antes del todo: los colonos se enriquecían, y aplicados al trabajo, no pensaban en intentar nuevos desórdenes: los indios tan pacíficos, que podía caminar con seguridad por toda la isla. Desahogado ya de tantos cuidados y peligros, volvía la vista el almirante á las costas de Paria, pensando establecer allí una factoría para el rescate de perlas. Y mirando el favorable aspecto de los negocios, y la prosperidad que iba adquiriendo su colonia, pensaba que muy pronto llega-

ría á ponerla en un estado que no podría menos de satisfacer á los reyes y acallar la envidia de sus detractores. Las cosas, sin embargo, tomaron pronto un rumbo muy diverso.

Mientras Colón se afanaba por mantener el orden en la turbulenta isla Española, sus enemigos no perdonaban medio para arruinar su erédito en España. Cada nave que llegaba de las Indias volvía cargada de quejas contra los Colonos. Esforzábanse los descontentos en pintar su gobierno con los colores más odiosos: calificaban de insufrible su tiranía y cargaban la mano en la insidiosa sugestión de ser unos extranjeros advenedizos que se complacían en afrentar la nobleza española, obligando á los hidalgos á ocuparse en los trabajos más viles y penosos. Decían que el almirante sólo miraba al provecho propio, sin cuidar de las rentas del soberano, y aun extendían su audacia hasta suponerle intenciones de alzarse con aquellos dominios, bien para convertirlos en patrimonio suyo, ó para ofrecerlos á una corona extranjera. Por disparatadas que fuesen algunas de estas acusaciones, había un hecho indudable que venía á prestarles mucho apoyo. Las nuevas posesiones, cuyas riquezas no perdía ocasión de ponderar su descubridor, hasta compa-

rarlas con las del antiguo Ofir, no habían sido hasta entonces más que una carga para el erario. Sin entrar en un profundo examen de la verdadera causa, á primera vista sólo podía explicarse aquella contradicción por dos caminos: ó el almirante engañaba á los reyes, ó su gobierno era tan malo que las nuevas colonias no producían lo que era debido. Uno y otro extremo era igualmente-desfavorable para Colón; y aunque sus antecedentes, sus largos servicios, su probada honradez y capacidad, alejasen toda sospecha, todavía eran difícil resistir al continuo embate de imputaciones calumniosas, apoyadas en pretextos plausibles, que los reyes comenzaron á vacilar en su opinión del almirante. Llegó a tal extremo el descaro de los enemigos de Colón, que una turba de ellos, gente expedida de la colonia por sus vicios, perseguía sin cesar al rey, gritándole, "paga, paga:" porque los grandes atrasos con que eran pagados los sueldos en las Indias, formaban uno de los principales capítulos de acusación contra el almirante y su empresa. Estos mismos vagamundos compraron cierto día una cantidad de uvas, y comenzaron á comerlas en uno de los patios de la Alhambra, bajo las ventanas de las habitaciones reales, clamando que por la tiranía del almirante en detenerles sus

pagas, se veían reducidos á contentarse con tan triste alimento. Si solían tropezar con los hijos de Colón, pajes entonces de la reina, les perseguían gritando: "Ahí van los hijos del almirante: de ese descubridor de tierras de mentira y de vanidad, sepultura de hidalgos españoles."

Tan continuos embates acabaron por dar en tierra con la opinión del descubridor. No era necesario todo eso para derribarle en el ánimo del receloso Fernando: el arcediano Fonseca, árbitro de los negocios de las Indias, era ya su declarado enemigo; la nobleza le veía de mal ojo, y mucho antes había descargado la tempestad sobre su cabeza, á no haber sido por la benéfica intercesión de su constante protectora la reina D.^a Isabel. A su grande y noble corazón repugnaba la idea de pagar con una ingratitud y una afrenta el más alto servicio que jamás hombre alguno prestó, no á su rey, sino á la humanidad. Detenía ella sola el torrente de la maledicencia y la envidia; mas la desgracia de Colón parecía decretada, y una extraña complicación de circunstancias vino á robarle su única defensa. Obligado Colón por la necesidad, había otorgado á los partidarios de Roldán el permiso de llevar consigo esclavos al tiempo de volver á España, abusaron aquellos malvados de esa conce-

sión, arrastrando también consigo muchas hijas de caciques, que llegaron á España, unas en cinta, y otras con niños pequeños. Hízose creer á la reina que todos aquellos infelices eran traídos por orden de Colón. Sintió ofendida su dignidad como reina y como mujer, y no pudo menos de exclamar: "¿Qué facultad tiene el almirante para disponer así de mis vasallos?" Ordenó al punto que todos los cautivos fuésen reembarcados para la Española, y no contenta con eso mandó buscar los que habían venido anteriormente, á fin de volverlos también á su país. Para colmo de desgracia, llegó en tales momentos una carta de Colón en que aconsejaba se continuase por algunos años la esclavitud de los indios como único remedio á los males de la colonia. Indignada la reina D.^a Isabel, retiró su mano protectora. No fué necesario más para que la tempestad estallase. Quedó resuelto que se enviaría un comisionado á examinar la conducta de Colón, con plenos poderes para despojarle del gobierno si le encontraba culpable. Fundóse esta medida en la petición del mismo almirante, que por dos veces había rogado que se enviase un juez á la Española para administrar justicia, y castigar á los culpados en las últimas rebeliones.

La persona elegida para encargo tan delicado, fué D. Francisco de Bobadilla, criado de la casa real, y comendador de la orden de Calatrava. Sus poderes iban extendidos de manera que pudiera irlos presentando gradualmente, según lo requiriesen las circunstancias, habiéndosele recomendado que los usase con la mayor prudencia, no procediendo contra Colón sino en el caso de resultar plenamente probada su culpabilidad. Si era ó no Bobadilla persona propia para tal encargo, el tiempo vino á descubrirlo: renunciamos á pintar su carácter, porque sus hechos le presentan con sus verdaderos colores.

Arribó nuestro juez á Santo Domingo el 23 de Agosto de 1500. Antes de entrar en la balúa, supo por una canoa que vino de tierra, que el almirante y el adelantado estaban ausentes, y D. Diego gobernaba la ciudad. Refiriéronle la reciente sublevación de Mojica, y los castigos que se le siguieron. Aquella semana habían subido á la horca siete rebeldes; cinco más estaban en la fortaleza de Santo Domingo esperando la misma suerte, y al remontar el río en sus buques vió Bobadilla en cada ribera una horca con un español suspendido en ella. Todo esto lo tuvo por otras tantas pruebas de la supuesta crueldad de Colón.

Habíanse divulgado ya en toda la ciudad las nuevas de la llegada del juez. Muchos acudieron á su navío para ofrecérsele por servidores; y los más solícitos eran, como sucede comunmente, los más culpados. El propio delito sólo podían atenuarlo, cargándolo sobre el almirante, de manera que al desembarcar Bobadilla, ó acaso desde antes, estaba ya convencido de la culpabilidad de Colón. Obrando en este concepto hizo pregonar en la puerta de la iglesia, delante de D. Diego y otras personas principales, la real provisión que traía para juzgar de la pasada rebelión y castigar á los culpados: de consiguiente pidió que se le entregasen los presos y sus causas. Respondió D. Diego que no podía hacerlo sin conocimiento del almirante, pidiendo al mismo tiempo copia de la cédula para enviarla á su hermano. Nególo Bobadilla, y dijo que si aquella provisión no parecía bastante, iba á ver qué efecto producía su nombramiento de gobernador. Al día siguiente hizo leerlo en público, é insistió en la entrega de los presos. Volvió á rehusarla D. Diego, fundándose en que los reyes habían dado mayores poderes á su hermano. Entonces Bobadilla, olvidando que sólo debía según sus instrucciones publicar la primera cédula, reservando las otras para cuando estuviese

reconocida la culpa de Colón, produjo la tercera en que se mandaba á éste y sus hermanos entregar al nuevo gobernador las fortalezas, casas, navíos, armas, pertrechos, ganados y demás propiedades públicas. También hizo leer otra real orden para pagar los alcances de los salarios públicos, y obligar á Colón á hacer lo mismo con lo que debiese en lo particular.

Con grandes aplausos fué acogida la lectura de este último documento, pues contentaba una de las mayores exigencias de los colonos. Animado Bobadilla con su naciente popularidad y hallando la misma negativa en D Diego al tercer requerimiento para la entrega de los presos, pasó á pedirlos al alcaide de la fortaleza, quien también rehusó entregarlos á otro que no fuese el almirante. Irritado entonces el comendador armó los marineros de sus naves y la plebe de la ciudad, y embistió la fortaleza llevando escalas y demás pertrechos como para un asalto; farsa ridícula porque la fortaleza sólo estaba defendida por dos ó tres hombres que ninguna resistencia opusieron. Los presos fueron extraídos y entregados á un alguacil.

Este fué el primer paso del comendador Bobadilla, y los posteriores fueron dignos del primero. Establecióse sin ceremonia en

la casa de Colón, echando mano de todos sus muebles, oro, joyas, armas, libros y papeles, hasta los más reservados, sin dar cuenta del producto de tal despojo, sino que dispuso pagar con él todos los alcances á cargo del almirante, aplicando el resto á la corona. Al mismo tiempo pregonó una licencia general para recoger oro, por veinte años, con un ligero derecho; y ajeno de toda moderación y reserva, se expresaba públicamente en los términos más ofensivos para Colón.

Estaba éste en la Concepción cuando le llegaron las nuevas de las tropelías de Bobadilla. Creyó al principio que serían atrevimientos de algún aventurero, pero la lectura de sus provisiones le convenció pronto de que traía alguna autoridad. Figuróse entonces que sería el juez que él mismo había pedido, sin más poderes que para conocer de la rebelión, y que todo lo demás no eran sino facultades que él se tomaba, como sucedió con Aguado. Escribió por lo mismo á Bobadilla algunas cartas conciliadoras, mas en vez de obtener respuesta á ellas, sólo recibió una carta de los reyes, que por su inaudito laconismo bien merece copiarse.

"El Rey é la Reina: D. Cristóbal Colón, nuestro Almirante del mar Océano: Nos ha-

bemos mandado al comendador Francisco Bobadilla, llevador desta, que vos hable de nuestra parte algunas cosas que él dirá: rogamos vos que le deis fe é creencia, y aquello pongáis en obra. De Madrid á 26 de Mayo de 99 años. - YO EL REY, -YO LA REINA. - Por su mandado. - Miguel Pérez de Almazan.

Aquellas breves líneas produjeron en Colón el efecto de un rayo: Desplomóse en un punto á sus pies todo el edificio de su poder y grandeza. Fiel siempre á sus soberanos no pensó en resistir á sus órdenes, y obedeciendo al requerimiento que Bobadilla acompañó á la carta, partió casi solo para Santo Domingo. El juez entretanto hacía grandes preparativos, fingiendo creer la voz de que el almirante reunía los caciques de la Vega para oponer resistencia, y sin dar motivo justificado hizo prender á D. Diego Colón y ponerle con grillos á bordo de una carabela. Apenas llegó el almirante, mandó también echarle prisiones: pero fué tan grande el asombro que causó el intentado ultraje contra persona tan respetable y benemérita, que ni entre sus enemigos se halló quien quisiese remacharle los grillos. Al fin y para colmo de amargura, uno de sus propios criados tomó voluntariamente á su cargo esta indigna tarea.

Colón sufría tantos ultrajes sin prorrum-
pir en una sola queja. Hubiera tenido á me-
nos rogar á Bobadilla, y su ánimo generoso
menospreciaba las arbitrariedades de mez-
quinos agentes, elevándose hasta los sobe-
ranos, hasta su defensora la inmortal Isa-
bel, de quien esperaba amplia reparación y
justicia. No tuvo, pues, inconveniente en es-
cribir, á petición de Bobadilla, una carta á
su hermano D. Bartolomé, que estaba en Ja-
ragua, recomendándole que no resistiese á
la voluntad de los soberanos. Obedeció al
punto el adelantado, y dejando la gente
armada que le acompañaba, se presentó so-
lo en Santo Domingo, donde fué tratado lo
mismo que sus hermanos, y puesto con gri-
llos á bordo de una carabela. Se les tenía
en rigurosa incomunicación mutua: Bobadi-
dilla nunca quiso verles, ni les hizo saber los
delitos de que eran acusados.

Presos los Colones, que con su severa dis-
ciplina apenas podían mantener algún orden
entre aquella chusma, no conoció freno la
licencia. Llovían cargos contra los presos,
andaban baratas las calumnias, los delitos
se convertían en méritos y la desobediencia
al gobierno pasado era la mejor recomen-
dación para alcanzar el favor del presente,
Creyó Bobadilla tener en aquel acervo de
falsedades, materia suficiente para perder